

La primera vez que vino el médico á verla, en lugar de responder á sus preguntas me miraba atentamente, procurando leer en mi rostro si convendría fiarse de aquel desconocido: por fin, la prudente niña me hizo seña que me acercase, y me dijo al oído:

—¿Qué, este hombre reza?

—Sí, hija mia, está bautizado y reza como cristiano.

Inmediatamente, dirigiéndose hácia el doctor le habla con amabilidad, le explica sus males, traba amistad con él, y en lo sucesivo le vió siempre con gusto.

Si le presentaban alguna cosa que no le agradaba, respondia tranquilamente:

—No, querida niña; no, querida niña.

Y su modo de rehusarlo tenia tanta gracia, que la hacia amar mas.

Luego que estuvo capaz de seguir en algun modo los ejercicios de la comunidad, iba al refectorio y á todas nuestras reuniones, sin turbar en lo mas insignificante la tranquilidad de la vida religiosa.

Aconteció que una hermana hiciese un acto de mortificacion en su presencia; imaginándose al principio, que era un castigo de mi parte, la sensible niña tuvo mucha lástima y comenzó á llorar: entonces se le dijo que la hermana hacia esa penitencia

voluntariamente por amor de Jesus. Al instante corrió á arrojarse en sus brazos, y enjugando sus lágrimas la colmó de caricias. En esta niña se veia verdaderamente algo de extraordinario.

—Es una predestinada, me decia el padre Olivieri, os la recomiendo mucho; en todos los monasterios por donde pasé me instaban para que se la dejase, pero mi respuesta era invariable: esta niña es para el monasterio de la Visitacion de Pignerol.

### III.

#### EL BAPTISMO DE LAS DOS NIÑAS NEGRAS.

El deseo del santo bautismo en nuestras niñas negras iba siempre en aumento; por eso el obispo encontrándolas bastante instruidas, fijó la administracion solemne del sacramento para el primer domingo despues de pascua del año de 1854. Su señoría me recomendó les hiciese comprender la significacion de los diversos ritos que componen esta augusta ceremonia: sobre este punto, gracias á su inteligencia, no dejaron nada que desear. Es cosa imposible

para mí describir su alegría y sus santos arrebatamientos; contaban los días y las horas, exclamaban á cada momento:

—¡Oh, qué dichal ¡Oh, qué feliz soy! dentro de muy poco recibiré el santo bautismo; dentro de muy poco seré hija de Dios.

La idea de un favor tan grande las absorbía de tal manera, que de noche lo soñaban y de día no hablaban ni cuidaban de otra cosa.

Ciertamente que era un gran motivo de edificacion para nosotras este ardor de las dos niñas negras en prepararse bien al santo bautismo: actos de virtud, prácticas de mortificacion, oracion sobre todo era su continua ocupacion. Como se les explicaban los exorcismos concibió Amna tal miedo al demonio, que su impaciencia por ser regenerada se hizo mas viva. El espíritu de las tinieblas se esforzaba á su vez y estaba furioso contra esta alma escogida. Un día, una hermana que la cuidaba, la tomó en brazos para llegar mas pronto á un ejercicio de comunidad adonde iba con la niña, cuando al tiempo de bajar una escalera muy elevada, perdió pié y con su preciosa carga rodó hasta el suelo: al ruido de la criada y á los gritos de la niña corrieron á ver y las encontraron tiradas sin conoci-

miento. Hubieron debido, si no matarse, al menos lastimarse gravemente; pero no fué así, se les levantó llenas de vida y sin la menor lesion. Fué visible la proteccion de la santísima Virgen, por lo cual luego nos pusimos á dar gracias á esta buena Madre con todo nuestro corazon.

Entre tanto tomé las medidas convenientes para que se preparase todo á la solemnidad, dirigiéndose á la mayor gloria de Dios y edificacion del prójimo. Nuestros deseos fueron plenamente realizados: llegó por fin el 23 de Abril, ese bello día tan impacientemente esperado, y la gracia de la regeneracion, objeto de los votos de las dos niñas hacia tanto tiempo, les fué solemnemente conferida. Ved aquí cómo se ejecutó la ceremonia.

Nuestra capilla estaba adornada lo mejor posible; dos mesas guarnecidas con magnificencia ocupaban el santuario cerca del altar; una debia recibir los objetos necesarios para la administracion del sacramento, como los Santos Oleos; en la otra estaban los vestidos blancos, los velos, guirnaldas de flores y otros preciosos objetos; todo colocado en los términos convenientes: sobre el altar se veian los ornamentos pontificales. Una numerosa guardia vigilaba el ór-

den en medio de la gran multitud que una piadosa curiosidad habia atraído.

A las diez de la mañana llegó el venerable prelado de la diócesis, monseñor Rinaldi, seguido de los señores canónigos de la catedral: al mismo tiempo salian por la puerta del claustro las dos niñas africanas, Lemona y Amna, con el traje de su nacion, acompañadas de dos respetables y virtuosas señoras que á invitacion mia se habian prestado á ser sus madrinas. Las catecúmenas caminaban con paso grave, juntas las manos, los ojos bajos y en una actitud tan recogida, que solo su vista hacia derramar lágrimas de devocion. El trayecto de la puerta del monasterio á la entrada de la iglesia estaba decorado con colgaduras de festones y otros adornos del mejor gusto. Las niñas se detuvieron luego que llegaron al umbral del recinto sagrado. Entre tanto, monseñor, habiéndose adelantado hasta el altar, acababa de revestirse los ornamentos pontificales de color violado y una mitra sin adorno. Estando todo listo, entonó su señoría el *Deus in adjutorium* con voz solemne; al instante comenzó la música y en toda la iglesia resonó el canto de los salmos que deben preceder á la administracion del santo bautismo.

Luego que terminó el canto, el venerable prelado se adelantó con majestad hácia la puerta de la iglesia; allí, sentado y á la cabeza de un numeroso clero, en presencia de una gran multitud y en medio de un silencio profundo, dirigió sucesivamente á las jóvenes catecúmenas las preguntas de costumbre: las dos niñas respondieron con tanta prontitud y energía, que todos quedaron llenos de admiracion. Lemona recibió el nombre de María, y Amna el de Josefina.

Asegurado de su fe y de su deseo del bautismo, tomó monseñor por la mano, primero á la mayor y despues á la menor, las introdujo en la iglesia, y mientras la orquesta ejecutaba una pieza deliciosa las acompañó hasta el pié del altar; allí se postraron hasta la tierra, rindiendo así al solo Dios verdadero el primer homenaje público de su fe, de su creencia y de sus adoraciones. Entonces el prelado subió al altar donde recibió sus ornamentos blancos, una mitra mas rica y el báculo pastoral; se sienta, reitera sus preguntas, recibe sus respuestas y hace correr, por fin, sobre la frente de las dichosas niñas el agua vivificante del bautismo; inmediatamente despues las despoja de las señales de su antigua esclavitud.

vitud y les viste un traje blanco, cubre su cabeza con un velo y les coloca una guirnalda de rosas; todo deslumbrante de blancura, símbolo de la inocencia: luego se les dió una vela encendida; figura de la luz de la fe que ya brillaba en sus almas.

Entonces, las dos neófitas se retiraron del altar y vinieron á ocupar los asientos que se les tenían preparados. Monseñor, despues de un discurso muy tierno que hizo derramar muchas lágrimas, terminó la augusta ceremonia con el canto del tedéum y con la bendicion del santísimo Sacramento. Su señoría, habiendo bajado del trono pontificio, se acercó bondadosamente á las dos niñas neófitas y colgó á su cuello un hermoso crucifijo de plata artísticamente trabajado; era como la prenda sagrada y el sello real de esta santa alianza que sus almas virginales acababan de contraer con Jesucristo en las aguas regeneradoras del bautismo.

El excelente prelado, á pesar de su gran fatiga, tuvo la extrema complacencia de llevar él mismo á nuestra casa á los dos angelitos; al entregármelas me dijo algunas palabras llenas de unción, que le dictaban los sentimientos de fe de que estaba penetrado: en seguida nos dió su paternal bendición

dejándonos embriagadas de dicha. Despues de algunos momentos de reposo, hizo venir al locutorio á las nuevas hijas de Dios: yo le observé durante su conversacion con ellas, y estaban sus ojos llenos de lágrimas. El señor capellan, presente á esta escena, no estaba menos conmovido: el digno sacerdote no habia excusado fatigas ni penas para preparar á las niñas á la gracia del santo bautismo, y para hacer lucir la augusta ceremonia, la cual se acababa de ejecutar segun sus deseos; y las criaturas estaban delante de él regeneradas y cubiertas con la vestidura blanca de la inocencia. En la misma mañana vinieron ellas mismas á buscarme, rogándome las bendijera.

—Mamá, ¿nos haces un favor?

—Sí, queridas niñas, ¿desean vdes. alguna cosa?

—Enséñanos la iglesia y el altar, y todas esas cosas tan preciosas del obispo, que han servido para el santo bautismo, pues entonces no pensábamos mas que en Jesús y en responder bien.

Las niñas decian verdad, pues en toda la ceremonia, la cual duró dos horas y media, habian estado tan recogidas y tan modestas, que nadie les habia visto levantar una sola vez los ojos, ¡cosa admirable en su

edad y con su natural ardiente, incapaz al parecer, de tanto recogimiento y tanta constancia.

Vuelvo á mi relacion. Nuestra querida Josefina, en la época de su bautismo, apenas habia salido de una enfermedad; yo temia mucho que no pudiese soportar la fatiga de tan larga ceremonia; pero la niña habia asegurado siempre que podria: su esperanza no fué engañada, y la gracia del bautismo como que derramó en ella con nuevas fuerzas, no sé qué de divino que se veia brillar en toda su persona.

## IV.

## LA CONFIRMACION.

Los gérmenes de piedad cristiana que la mano de Dios acababa de depositar en el corazon de Josefina no tardaron en desenvolverse de una manera sensible. Luego que veia á monseñor le decia: Querido obispo, querido papá, dame la confirmacion.

—Pero, hija mia, comienza por regocijarte de la felicidad del bautismo: él ha arro-

jado al demonio de tu corazon; ¿no estás todavía contenta?

—Sí, querido obispo, estoy contenta, ya no tengo al demonio en el corazon; pero procura manchar mi alma y yo no tengo bastante fuerza para combatirlo.

—Bueno, pues estudia el catecismo con empeño, y si para pentecostés estás preparada, yo vendré á confirmarte. (1)

A estas palabras, ya no cabia de gozo la sencilla niña.

—Gracias, muchas gracias, exclamaba palmoteando con sus manecitas; yo estudiaré mucho y aprenderé pronto, porque el ángel de la guarda me ayudará.

En efecto, Josefina redobló su aplicacion; pero en el intervalo fué atacada de una grave enfermedad, de la cual apenas se habia levantado la víspera de pentecostés: su seguridad de recibir la confirmacion no fué perturbada. «No tengo miedo, decia sin cesar; Jesus me ayuda, Jesus me da fuerzas.»

Pocos dias antes de la fiesta, vino monseñor á ver á las dos neófitas.

(1) Ya se sabe que contra la costumbre que se sigue en Francia, la confirmacion se da á los niños antes de la primera comunion, no solo en Italia sino en casi toda la Iglesia.

—Querido obispo, le dijo inmediatamente Josefina, para la confirmacion me confieso contigo.

—Yo tambien lo quiero, hija mia.

—¿Cuándo vendrás?

—En la misma mañana de la fiesta, antes de misa.

—Muchas gracias: en el interin me prepararé como conviene.

El dia fijado oyó monseñor su confesion y la confirmó. La angélica niña se presentó á la ceremonia con el vestido blanco de su bautismo; tenia una especie de veneracion religiosa á este vestido, no permitia que lo tocara mas que su mamá y lo besaba con mucha ternura. «Mi querido obispo, decia, me ha dado este vestido blanco; él lo ha tocado, sí, lo ha tocado con sus propias manos. Mamá, guarda bien el vestido de mi bautismo.»

El buen Pastor venia frecuentemente á ver á sus nuevas ovejas, y parecia encontrar sus delicias en conversár con ellas. Hé aquí á este propósito una anecdota muy graciosa:

Un religioso de edad madura y de aspecto grave, acompañaba á su señoría en una de estas visitas. La inocente familiaridad de que la querida niña usaba hácia el

prelado, le pareció algo como una falta al respeto debido á su dignidad.

—Basta, basta; ya es demasiado, le dijo á Josefina con tono serio y ademan severo.

Esta reprension hirió vivamente á la niña.

¡Qué! ¡querer poner trabas á los desahogos de su ternura y de su reconocimiento! Sin dejar la mano del obispo que ella apretaba mas fuertemente, la noble africana, lanzando sobre el censor importuno una mirada fulminante, exclamó:

—¡Es demasiado! ¡es demasiado! No es demasiado ni bastante para mi querido obispo, que es mi papá, que me ha bautizado, que ha lavado mi alma, que ha arrojado al demonio, que me ha abierto el cielo y que me ha hecho hija de Dios. ¿Quién te ha dicho que es demasiado? ¿Quién te ha dicho que es bastante? Despues, suavizando la voz: ¡Querido obispo, tú eres muy buenol Y así diciendo la tierna niña no cesaba de prodigar caricias á su venerado padre.

Por entonces no dijo mas Josefina; pero la primera vez que volvió á ver á monseñor: «Querido obispo, le dijo, hazme el favor de de no traer otra vez al que dice: Basta, basta.»

—Pero ¿por qué, hija mía?  
—Porque no quiere que haga yo caricias á mi papá. No quiero á ese hombre; yo rezaré por él, pero déjalo en su casa.

Siempre que el buen Pastor se retiraba del claustro la pobre niña comenzaba á llorar, ella hubiera querido que viviera allí con ella ó que él la llevara consigo. Me decía: Mamá, ¿te agrada que me vaya con el obispo? déjame ir, mamá; él me enseñará á predicar, y despues voy á enseñar y á bautizar á todas esas malas gentes, allá en la tierra de los árabes.

## V.

## LA PRIMERA COMUNION.

El aumento de la gracia en el corazon puro de Josefina era incesante; su fidelidad en corresponder, admirable: manifestaba tanta cordura en sus acciones como ternura en sus dolores. Sus enfermedades, se puede decir, se sucedian sin interrupcion; le acontecia estar un poco aliviada y entonces se sentaba en su cama y continua-

ba su labor, y todas sus obras se hacian notables, tanto por su finura como por su exquisita limpieza.

Las conversaciones de Josefina eran sólidas y llenas de buen sentido, las ligerezas le inspiraban mucho disgusto; algunas veces reprendia á María su compañera, porque le gustaba reir y divertirse con exceso. María, ¿qué haces? decia con tono serio. Basta, basta ya de charla, es mejor hablar con Jesus y estudiar el catecismo.

Jamas su estado de padecimiento le hizo omitir sus ejercicios diarios de piedad, ni le impidió cumplirlos con su fervor acostumbrado.

Nada mas tierno que la actitud piadosa y recogida de Josefina durante la oracion; cuando estaba en la iglesia conservaba una inmovilidad sorprendente y no podia resolverse á separarse del lugar santo. Déjame todavía un poco con Jesus, me gusta mucho estar aquí, decia la piadosa niña cuando se le obligaba á salir de allí. Sus comuniones espirituales y sus aspiraciones á Dios eran sin intermision.

Esto me trae á la memoria una ocurrencia muy graciosa anterior á su bautismo.

Recien llegada Anna á nuestro lado, notó en el coro á las religiosas que se dirigian

cada una á su vez á la ventanilla por donde se recibe la santísima comunión. ¿Por qué van las hermanas allí? preguntó á su maestra.

—Van á recibir á Jesus.

La niña oyó y guardó silencio; pero al día siguiente, no bien vió á las religiosas dirigirse á la ventanilla, cuando ella también se levanta, junta sus manecitas y se pone en disposición de seguirlas.

—¿Dónde vas? le preguntó la maestra.

—A recibir á Jesus.

—No, no, tú no estás todavía bautizada y no puedes recibir á Jesus.

—A besarlo, á besarlo; repetía la niña muy mortificada, queriendo decir: Si yo no puedo tener la dicha de recibir á Jesus, al menos no se me niegue besarlo.

Bien se comprenderá que su petición no podía ser escuchada; por lo cual quedó la niña inconsolable. Tal era la inclinación de Josefina antes de su bautismo, por la santa comunión: despues, ya cristiana y fortalecida por la unción del santo crisma, no conocía límites su impaciencia por unirse al Dios de amor.

—Querido obispo, decía á monseñor siempre que lo veía, si tú eres mi verdadero papá, si me amas, hazme la gracia de

darme á mi Jesus; yo no puedo estar sin mi Jesus.

—Ya eres toda de Jesus, ¿qué mas deseas? Por ahora debes estar satisfecha.

—No, no, yo no estoy satisfecha mientras no reciba á Jesus en mi corazón.

Entonces, tendiendo sus manecitas en actitud de una pobre suplicante: Querido obispo, exclamó, hazme esta caridad, dame pronto á mi Jesus, y las lágrimas sofocaron su voz.

¿Qué medio de resistir á tales instancias? Además, un concienzudo exámen, acababa de justificar la capacidad y la instrucción de la niña suplicante. Monseñor fijó, pues, para su primera comunión el día 23 de Junio del mismo año de 1854, día del Sagrado Corazón de Jesus.

Esta noticia arrebató á la santa niña, su corazón se inunda en reconocimiento y alegría; se confunde, dando las mas afectuosas gracias, y en la embriaguez de su dicha ruega á su querido papá venga á confesarla para ese día solemne.

—Qué, le decía yo, ¿tú quieres molestar siempre á monseñor para que te confiese?

—No, mamá, no mas ahora para la primera comunión, despues ya no llamaré al



obispo, sino que iré á confesarme con el padre confesor

Josefina cumplió su palabra.

ADMIRABLE AMOR DE JOSEFINA A LA SANTA

COMUNION.

La primera comunión excitó en su corazón amante un hambre insaciable por el Pan de los ángeles; obligada muchas veces á guardar el lecho, su mas grandè sacrificio era no poder comulgar tan á menudo como su corazón deseaba. ¡Dichosa tú, María, decía á su compañera, que puedes comulgar con frecuencia! ten cuidado de aprovecharte. Cuando sus males le permitian, lo cual era rara vez, comulgar en el coro, la víspera en la noche pedía que se le despertara muy temprano. Muchas veces la pobre niña, despues de una mala noche, no se sentia en estado de levantarse en la mañana, y sin embargo, animada por su maes-

tra hacia un esfuerzo y se acercaba á la santa Mesa, donde el Señor que recompensa los sacrificios que inspira su amor, inundaba ordinariamente su alma de las mas puras delicias; entonces era encantadora la relacion que hacia de su dicha: Esta mañana queria el demonio hacerme perder la comunión; pero yo le tengo cuidado de no escucharlo y ahora estoy muy bien, Jesus me ha ayudado, no he sufrido y mi corazón sobreabunda de alegría.

Un dia de fiesta que le decian se levantase para oír la santa misa, respondió con su amabilidad ordinaria que no se sentia capaz de hacerlo: su maestra creyó ver en esto un engaño del enemigo para privarla de la santa comunión, y le ordenó que se levantara, advirtiéndole que si no podia estar en pié se fuera inmediatamente á su lecho. Josefina obedeció, y en el primer momento parecia sentirse mal, las lágrimas le corrían á pesar suyo, pero despues de un instante de reposo y de reflexion dijo á la hermana: ¡Oh, verdaderamente que era el demonio que yo queria que yo me levantara! pues no te dije una mentira, me sentia muy mala, y ahora que todo ha pasado estoy muy bien. La pobre niña apenas podia estar en pié, y decia: Estoy muy bien.

Después de la comunión, decía: ¡Ah! sí, con Jesús en mi corazón ¡cuán fuerte estaré! Esto le sucedía ordinariamente los días de comunión.

Sentía mucho menos sus males: gustando las dulzuras de la gracia, decía á la hermana: ¡Oh, qué dichosa soy en haberme vencido! ¡si tú vieras mi corazón, palpita de alegría! el demonio llora; pero Jesús sonríe. Si, sí, yo quiero siempre escuchar á Jesús.

En efecto, los extremos de su alegría, como de su fervor, eran extraordinarios en los días de comunión, sobre todo cuando se le llevaba al lecho: se le sorprendía entonces exhalando su ardiente amor en tiernos y abrasados coloquios con Dios, con la santísima Virgen y los santos; las expansiones de aquella alma enamorada de Jesús tenían algo de divino, no formaba más que un voto, padecer ó morir.

Una noche se le escapó una ligera mentira. Mañana no comulgarás, le dijo su maestra, á menos que vayas primero á confesar tu falta á mamá y á pedirle licencia de confesarte.

Ciertamente que para un natural tan orgulloso, era esta una prueba muy dura. Josefina se sometió sin decir una palabra; pe-

ro ¡ay! al día siguiente, no me acuerdo por qué, no pudo ni confesarse ni ir á la santa Mesa; y le causó tan grande pesar, que si se le hubiera acudido pronto, habría púes- tose mala; no hacia más que repetir en medio de sollozos y lágrimas: ¡Oh, no recibir á Jesús!... ¡Ay, qué dolor! Esa fué su primera y última mentira. Su delicadeza respecto de eso fué tan lejos, que muchas veces en la noche decía á su maestra: No puedo dormir, porque he dicho tal ó cual cosa, ¿será mentira?

—No, niña, duerme tranquila. Y el angelito se dormía apaciblemente.

Este ardiente deseo de la santa comunión era inspirado por su tierno amor á Jesucristo, y no lo era menos por su viva fe en los efectos maravillosos de este nuevo alimento. Tengo mucha necesidad de recibir á Jesús, decía, para que me ayude á sufrir.

¡Cuántas veces me dijo que quería hacer la comunión de miedo de perder la paciencia en medio de tantos males! Jesús, decía, me ayudará á sufrir por su amor y me dará fuerzas.